

SAN PEDRO CLAVER, PATRONO DE LOS DERECHOS  
HUMANOS EN COLOMBIA Y GLORIA DE LA HUMANIDAD.  
350 AÑOS DE SU MUERTE 1654-2004\*

---

Con inmenso respeto y admiración nos acercamos hoy a los 350 años de su muerte, a un gran santo de América y España. **Pedro Claver**, puente tendido entre pueblos y naciones del siglo XVII, en cuya historia conjunta hay profundidades y realizaciones que jamás abordaremos en sus justas dimensiones.

Evocamos su vida a los cuatro siglos, porque es una historia humana trascendente, siempre en vigencia, que pertenece al mundo de los valores del espíritu y sus proyecciones se pierden en el infinito.

Marcaba el calendario el final de la primavera 26 de junio de año de 1580. En tierras catalanas, en la España de la reconquista mora ya superada, y en un sencillo poblado llamado Verdú, fundado en antigua heredad de los monjes blancos del Cluny del Monasterio de Poblet, un hogar campesino encendió la lumbre para saludar el advenimiento de un hijo, que sería luz de un continente, promesa humana de redención y faro que iluminaría los caminos del amor, de la fraternidad y solidaridad entre los hombres a lo largo de los siglos.

---

\* Valtierra, Ángel S. J. Pedro Claver. Banco de la República II Ed. 1983, Bogotá.

Se llamaba Pedro como el pescador de Galilea, detenido un día en su modesta tarea, para acoger en sus redes, no los peces del mar, sino a los hijos de la Iglesia de Cristo.

Pedro era también su progenitor y Pedro se normaría la goleta que lo arrancaría de su patria para lanzarlo a tierra nueva, recién abierta y arar por los campos del Señor, en donde cubriría con su manto de misionero a millares de almas y el obispo Fray Pedro de la Vega, lo consagraría sacerdote.

Pero son muchos más los signos de predestinación y puntos de convergencia que se entrelazan en su vida.

Su origen y la misión entre los humildes, en contacto con el dolor humano, los maestros que encontró en las puertas de los conventos, el mar, la naturaleza toda, las murallas que parecían encerrar el silencio de su obra y la Virgen María que inspiró su vocación y lo guió por el camino de su santidad, hasta llegar a los altares y ser consagrado por el gran Pontífice de la era social S. S. León XIII, con la afirmación de que después de Jesucristo, era la vida que más lo había impresionado.

Nacido en hogar modesto no obstante la ascendencia hidalga de su padre, la familia Claver, formó sus hijos con la azada y el rastrillo, apilando las gavillas del trigo y recogiendo las mieses, las aceitunas y las uvas, en la época de cosecha y vendimia.

Como el lienzo del artista, en la hora del Ángelus, Pedro y Ana Corbero se detenían en su trabajo para responder a las campanas de la iglesia parroquial de Verdú, con la salutación Angélica.

De estos campos catalanes, en donde los monasterios sin símbolo de la espiritualidad de la región, sacó Pedro su inspiración religiosa. Y María lo siguió en su camino; hecho hijo de Dios ante el Altar de la Milagrosa, Virge de Claustro de la iglesia de su pueblo, fueron sus padres los primeros conductores hacia ella. Y adolescente ya, tomó el camino de la Universidad para obtener su cultura humanística. Barcelona, Tarragona, Gerona, Palma de Mallorca.

Fue en Tarragona donde recibió su formación Jesuita, con el ejemplo de los primeros misioneros y la vida subyacente del fundador de la compañía, Ignacio de Loyola y de Francisco Javier.

Sentía extender en su corazón la llama de su vocación; quería servir al Señor, amarle mucho, muchísimo y cargar sobre sí el peso de su cruz.

Dudas y vacilaciones invadieron su espíritu y buscó el refugio de María para saltar el meridiano de su juventud con sus borrascas y renunciaciones.

Tomó entonces su cayado de peregrino y subió las peñas de Monserrat, para postrarse a los pies de la Virgen Moreno, e implorar allí la luz de su vida. A su regreso trajo en sus alforjas las primeras promesas consagradorias de su amor a Cristo, buscarle en todas las cosas con el renunciamiento de sí mismo y su entrega total como esclavo del Señor, lo que rubricó el día 8 de agosto de 1604.

En el Monasterio de Montesino en Palma de Mallorca, habitaba un santo portero llamado Alonso Rodríguez. Cuando Pedro tocó a la puerta fue recibido por quien habría de ser su maestro en la espiritualidad, el visionario que lo vio rodeado de almas para su apostolado en tierras lejanas, a donde navegaba el mundo de la conquista, de la ambición y de la codicia. Él tenía que ocupar el trono que estaba reservado en la gloria y formar parte del escuadrón, no de mercaderes, magnates y piratas sino el pescador de almas para incorporarlas a la Casa del Señor.

En humilde celda, en horas nocturnas de meditación, de íntimas confidencias, se forjó una vida misionera y una redención para la humanidad doliente, víctima de estructuras ancestrales que dividen a los hombres en señores y siervos. Fue su maestro de la ascética, este anciano curtido en las profundidades de la vida espiritual, para trazarle los caminos del amor. Allí con lágrimas en los ojos le decía: *Cuantos están ociosos en España que podrían ir a América a salvara! No temas hijo mío, ve a las Indias, salva allí tantas almas que se pierden.*

Este anciano portero lo iluminó con su santidad y juntos, un día, fueron inscritos en el Santoral de la Iglesia Católica.

Pedro lo llamó *Mi Santo Maestro* y a la hora de la muerte, su estampa pendía en el muro de la habitación, al lado del decálogo de santificación que le había entregado antes de partir.

El cielo se abría así a un mundo que la civilización de entonces, despreciaba, pisoteaba y usufructuaba, pero Pedro se encarnaría en ese mundo, con una nueva concepción del hombre para plantar las raíces de la paz.

## **Viaje a América**

Una flota salió de Sevilla a orillas de Guadalquivir en 1610. La Goleta de San Pedro estaba consagrada a Nuestra Señora y en penosa travesía de 60 días, por fin llegó a la tierra de sus sueños, al campo de su fecundo apostolado.

Al pisar las playas de Cartagena de Indias, sus compañeros de viaje, Clérigos, alta oficialidad, Oidores, comerciantes, gentes que venían en busca de mejor suerte, corrían presurosos a pagar las promesas, por su arribo feliz, en medio de tantos peligros, naufragios, asaltos de piratas, enfermedades o muertes repentinas.

El joven novicio apenas pudo darse cuenta del movimiento del puerto, emporio del comercio y centro de las flotas que llegaban de lejanas tierras con mercancía humana, que venía a llenar de oro las arcas de los poderosos, de la clase señorial y dirigente.

Aquí volvió a encontrar las murallas, las playas; conoció el Cerro de la Popa, con su pequeña ermita de la Virgen de las Candelas, que envolvía con su dulce mirada la naturaleza hermosa del trópico.

Siguió su viaje hacia el interior por las aguas del Río Magdalena y luego por los empinados Andes hasta llegar a Santafé.

Claver fue de los primeros alumnos Bartolinos en estudios teológicos. Luego pasó a Tunja, la ciudad que le recordaría a su tierra, la ciudad del silencio y la meditación, en donde se inició en la catequesis y se preparó para su consagración sacerdotal.

Después de cinco años, regresó a Cartagena. Nuevas dudas lo asaltaron, sobre su ordenación. Pedro que había conocido ya las alturas de la mística y que había templado su voluntad en la dura disciplina Jesuítica,

se encontraba dispuesto a servirle al Señor desde una posición humilde; quería ser hermano lego como su maestro de Montesino.

Pero Dios lo tenía para ser su Ministro en la Eucaristía y un nuevo encuentro lo afirmaría en su vocación sacerdotal; el Padre Alonso de Sandoval. El día de San José de 1616 Claver es ungido sacerdote de manos del obispo dominico Fray Pedro de la Vega; era el primer sacerdote jesuita ordenado en estas tierras. Ese día anunció el lema de su vida: *El esclavo de los esclavos para siempre*.

La ceremonia revistió gran pompa y aunque resulta paradójico, por su búsqueda siempre constante de la sencillez, no deja de ser significativa la presencia allí de todos los estamentos sociales, la nobleza, los altos dignatarios, los Ministros de la Inquisición, Oficiales y los esclavos; era como un prelude de la universalidad de la misión que él iba a buscar en la filosofía de su Ministerio.

Desde ese momento quedó a órdenes del Padre Alonso de Sandoval, el Director de la Compañía en Cartagena. Contrastaba la erudición del Padre con la sencillez de Claver. Éste, aunque había realizado estudios humanísticos y teológicos, jamás hizo alarde de ellos.

Un año estuvo siguiendo las huellas de Sandoval; con él visitó la ciudad, el puerto, las haciendas, las barracas en el barrio de Getsemaní, la llegada de los barcos negreros, el hacinamiento de los esclavos, su comercio y su suerte. Fue su predecesor en la misión con los negros, de quien aprendió la metodología y se documentó en sus escritos.

En Cartagena llamaban los Jesuitas *la celda del monstruo* a la celda del Padre Sandoval, por sus libros, apuntes y recopilación de documentos que poseía.

Además de misionero, era escritor y un sociólogo de su tiempo. Recorrió con Pedro gran parte de la Costa Atlántica y es probable que hubiera llegado hasta Antioquia, pero no lo registran las crónicas. Sandoval estuvo visitando los esclavos que sacaban el oro de las sepulturas indígenas del Sinú y de las montañas de oro de Buriticá, en la zona aurífera de Remedios, Cáceres y Zaragoza, primer asiento de esclavos por los años de 1535.

Pero escuchó sus valientes sermones: *cobardes, sois españoles cuando imponéis a los esclavos todo el abuso que reclama vuestra codicia y holgazanería. El esclavo es minero de sol a sol y también buenos ratos de noche. Son los aserradores, los buzos que pescan perlas en el Río de El Hacha; los bogas en el río grande de la Magdalena; os labran la tierra, os sacan el oro de vuestro enriquecimiento, os sustentan con sus afanes, sudor e industrias, pero los dejáis morir en la putrefacción de sus mismos excrementos. Más infelices son los caballos, porque no tiene cama donde tenderse y he de decir esto para que pegue fuego y encienda los corazones de los que lean y oigan; animándolos a hacer el bien, a estos pobres que tan poco socorro tienen.*

No se puede hablar de Claver sin hablar de Sandoval, porque si Alonso Rodríguez fue su maestro en la espiritualidad, este Alonso, lo fue de la acción, de la praxis

Nuevamente Pedro se encuentra con María: En una de sus misiones por Antioquia, Sandoval recogió el cuadro de la Virgen Milagrosa que le regalaron los esclavos de Zaragoza, por el bien inmenso que les hacía. Ese cuadro se había salvado prodigiosamente de las llamas y era venerado por sus numerosos milagros; llevado a Cartagena, ante él oraba Pedro todas las noches; recibió los votos de su consagración sacerdotal; administraba el Sacramento de la Penitencia a su lado; allí hacía las catequesis y a sus pies quiso que lo enterraran. Hay pues, un bello y significativo vínculo de Pedro Claver con la tierra antioqueña a través de María.

El Padre Sandoval salió para el Perú; se despidió de su discípulo y le entregó el alma y el cuidado de la gente morena. Tenía fe en el joven misionero y muchas veces tuvo que defenderlo de los ataques que le hacían por lo elemental de su evangelización. Pedro contestaba: *Que otros hagan la elocuencia, a mi me basta mi manto sucio y la amistad y el amor de las almas candorosas.* Tenía muy presentes las palabras de Salomón: El pobre y el rey, el monarca y el pastorcico nacieron de una misma suerte y pasaron por unas mismas leyes: no se esmeró más la naturaleza en la forma del Príncipe que en la del Plebeyo, ni se vistió de más galas para vestir al caballero que al villano; no dio más ojos ni más pies y brazos al noble que al perchero. Porque los grande y pequeños, todos tenemos un principio y hemos de tener un fin.

Así empezó Pedro a la edad de 36 años a lanzarse solo en la inmensidad de su tarea apostólica.

No fue tan simplista y elemental la catequesis y la labor del Padre Claver. Guardando las debidas proporciones y considerando los patrones culturales de la época, puede decirse que avanzó siglos en la técnica de los medios que empleó para hacer la evangelización ayudado por la gracia divina.

Como trabajador social, tuvo base teórica; realizaba visitas sociales, hacía investigación y encuestas; conocía los problemas y los atendió con solicitud, empleando gran psicología social; salvó las dificultades de comunicación, formó un equipo de colaboradores con división de trabajo; hizo seguimiento y en la metodología catequística, empleó medios visuales, estampas, cuadros, que enriquecía con ejemplos al alcance de todos. Hacia ambientación previa y les presentaba modelos de santos sencillos, como San Isidro Labrador.

Instruyó, llevó registro, anotando nombres, número y lugar de destino de los esclavos.

Tenía un croquis de las haciendas donde estaba diseminada su querida población morena. Cuando administraba el Santo Bautismo, colgaba sobre sus pechos, la credencial de Hijo de Dios, una medalla de cobre que él mismo hizo acuñar.

Como Pablo, recibió el apoyo de las mujeres de la nobleza, Isabel de Urbina fue su Priscila, que llenaba su cesta de alimentos y le ayudaba generosamente. Al ejemplo de las primeras Comunidades Cristianas, levantaba un altar debajo de los árboles, en los caminos, en las casas de los moribundos o en los hospitales.

¿Y cómo realizó todo esto?

Tuvo siempre a su disposición los apuntes de la obra de su maestro Sandoval. De *Instaurada Aethiopia*, *Salute*, de la *Salvación de los Etiopes*, que fue publicada en su primera edición en 1627.

Allí encontró la procedencia, las costumbres, el origen del cautiverio, las castas con sus supersticiones, sus fiestas y los valores culturales de las

naciones de origen, la historia de iolofos, barbesíes, mandingas, lucumíes, congos, angolas y otros pueblos de la entraña misma del África de donde eran llevados los negros a la isla de Cabo Verde, el emporio de los mercados negreros y cruce de mercaderes portugueses, holandeses, venecianos generalmente.

Las islas de Santo Tomé, las costas de Angola, los puertos de Congo y el Cacheo y de otras naciones diferentes. No todos eran salvajes. Había reinos dirigidos por Juntas de Gobierno ejemplos de moderación, en donde las mujeres cubrían su virginidad con pampanillas y lucían sartas azules de cuentas, símbolo de su más preciado tesoro. Algunas morían de hambre, antes de someterse a la lujuria española. Las de Guinea eran llamadas de ley; fieles, de gran razón y capacidad; más hermosas y dispuestas en el exterior, gozaban de mayor estimación. Algunos eran mahometanos.

Hablaban diferentes lenguas; los mandingas más señoriales que los del Congo y los de Angola, los más atrasados. A diferencia de los demás, éstos trían los cabellos a modo de guirnaldas. Y a las mujeres hechas unas crinejas de sus cabellos retorcidos.

En el puerto de Leanda, permanecían bien asegurados, marcados con hierro para evitar la fuga. En los barcos les ponían cadenas llamadas corrientes con argollas en el cuello y en los pies de seis en seis. Hacinados dentro de la bodega, hacían la travesía durante 60 días, sin ver sol ni luna, mal alimentados, mal tratados, con látigo e insultos. Muchos enloquecían y otros morían de tristeza, de hambre, peste e infecciones.

Tenían la persuasión de que serían devorados por los blancos o convertidos en aceite para sus navíos. No había español que se atreviese a poner la cabeza en el escotillón sin desmayarse o permanecer una hora dentro sin grave peligro de enfermedad.

Llegaban convertidos en esqueletos y los tiraban en corredores, o galpones a engordar para ponerlos en pública subasta al mejor postor. Por lo general eran jóvenes, y los valoraban por su fuerza, peso y dentadura.

Los enfermos quedaban desnudos en patios, con viruelas, fiebres, tabardillo o de un mal llamado loanda, que era incurable, se hinchaba, las encías se podrían y morían de repente.



Cuando llegaban estos barcos, ya Claver estaba listo con su equipo, el amigo y compañero de aventura evangelizadora, el hermano Bobadilla, coadjutor de la casa; Alfonso e Ignacio Angola y la negra Magdalena. Allí va con sus intérpretes y con su guía Manuel Caboverde. Pedro los presidía con su bastón en cruz, el crucifijo de bronce sobre su pecho, s enorme manteo que lo identificaba a distancia. Llevaba en sus alforjas, golosinas, refrescos, aguas de olor y el aguardiente como estimulante. Su voz, sus ademanes dulces y acogedores eran los primeros vehículos de la relación interpersonal, el primer impacto psicológico que contrastaba con el gesto agresivo y maneras brutales de los capitanes. Estas eran las primeras actividades valorativas que infundían confianza y un rayo de esperanza a estos infelices.

Llegaba hasta la zona más caldeada de las bodegas, verdaderos infiernos, para dar a todos la bienvenida en nombre del amor a Cristo, a quien ellos no conocían. Era un psicólogo práctico, un psicólogo social.

Mezclaba la actividad humana con la orientación e instrucción catequística, y hacía ambientación previa. Uno de los problemas más graves que se le presentaban en la catequesis, era la licitud del Bautismo masivo en África, antes de ser embarcados. No había preparación y la mayoría ignoraba la importancia del Sacramento.

Lo criticaban por lo elemental de sus sermones y de su evangelización. Pero esa era su pedagogía con inspiración divina. Llegó a crear una conciencia cristiana. Hasta los más reacios cedían porque había influencia positiva, sin interés de explotación. Él no era el mercader de oro, era mercader de almas, y así lo comprendieron los negros, que ansiosos, seguían su campanilla, cuando salía por las calles y plazas, veredas y caminos.

Jamás se detuvo, ni de día ni de noche, muchas veces, cuando Cartagena estaba iluminada por las tenues luces de los faroles, sólo se sentía el ruido de sus sandalias con el golpe de su cayado y aparecía la ascética figura del apóstol en busca de un agonizante.

Visitaba diariamente el Hospital de San Juan de Dios, los suburbios, el barrio de Getsemaní, las prisiones, los condenados a muerte por el Tribunal de la Inquisición a quienes atendía y consolaba espiritualmente en los últimos instantes de su vida.

Si se levantara la gran mole de granito del Castillo de San Felipe, encontraríamos las huellas del Santo, cuando iba en ayuda de los leprosos en el Hospital de San Lázaro y besaba sus heridas con la suavidad de sus labios.

Salía a los montes en busca de los cimarrones en sus temibles palenques instalados al sur de Cartagena desde principios del siglo.

Ricos y pobres, nobles y esclavos, jóvenes y ancianos, iban en pos del Taumaturgo, el que preveía el futuro; los Urbina y los Iriarte, los Villegas y los Estrada, todos acudían a él para que anunciara el final de sus días, curara sus dolencias, decidiera la suerte de sus viajes o la vocación de sus hijos.

Fue el gran incomprendido de su tiempo. Para unos era el Santo, para otros, fue piedra de escándalo, que perdía su tiempo en esos miserables; un anormal por la disciplina y severidad con que castigaba su cuerpo. Desde la edad de 36 años se entregaba a la más severa disciplina. Su lecho de tablas, de pieles de animales o de esteras tejidas por los indígenas. Se levantaba de noche a flagelarse con cuerdas y cadenas hasta salir la sangre para dominar su humanidad. Sobre su cabeza colocaba corona de espinas, en el cuello cadenas y en las manos guantes de clines; cuando salía por las haciendas a la misión, voluntariamente, dejaba que su cuerpo estuviera expuesto a las moscas y tábanos. Dormía pocas horas y su alimentación era insuficiente a más de sufrir el maltrato del hermano lego que lo atendía.

De mirada profunda, semblante triste, jamás levantaba sus ojos en su camino, parecía en un éxtasis permanente.

Su longevidad fue un verdadero milagro; en condiciones normales, era imposible sobrevivir a la contaminación, a las pestes e infecciones, con la rudeza del clima y el excesivo y agotador trabajo.

Así cubrió medio siglo de su vida. Paralizado en los últimos cuatro años, se hacía conducir en camilla hasta el lugar de su misión.

Por fin llegó el día, como lo había anunciado, que María saldría de nuevo a su encuentro; y así sucedió el día de la Natividad de la Virgen de

1654; ella misma lo colocó en el sitial que había visto el hermano de Montesino en la Gloria de Dios, para contemplar eternamente su Rostro, que él había reconocido siempre en sus hijos morenos y había incorporado a su Reino más de 300.000 almas.

Un nuevo milagro vivió entonces la ciudad de Cartagena de Indias; así como el día de su consagración sacerdotal, todas las clases sociales, sin distinción de rango, color ni raza, hicieron un alto en su trabajo, para ir a recoger un pedazo de su raído manto como reliquia, ese si oro purísimo que sería como talismán para convertir los corazones y traer la verdadera paz que el mundo no puede dar.

Claver a su maestro en la práctica, con el ejercicio de sus virtudes y la entrega de su vida; no hizo cátedra magistral. Su trabajo fue más elocuente. No planteó ni investigó el fundamento histórico jurídico y moral del hecho cumplido de la esclavitud.

Su obra estaba escrita en las calles y plazas de Cartagena de Indias, y en los caminos que a ella conducen. Practicó e hizo realidad la justicia social, tres siglos antes de que S. S. Pío XI escribiera por primera vez, estas palabras en su encíclica social *Quadragesimo Anno*.

Cartagena, antes que ciudad heroica, es ciudad sagrada, hasta donde hay que llegar para buscar las raíces filosóficas que sentaron las bases de estos pueblos de América y en donde está la esperanza de renovación de estructuras sociales sobre realidades concretas, de unidad, hermandad, justicia y caridad.

Si el 12 de octubre es la fiesta de los 500 años de encuentro de dos mundos, el 26 de junio es la fiesta de la unidad y de la exaltación del hombre por su categoría sobrenatural, igual en la gracia y en la dignidad de la naturaleza humana, con sus derechos y vocación inalienables.

Su Santidad Juan Pablo II cuando estuvo en Cartagena exaltó a Pedro Claver como Patrono de los Derechos Humanos y el 9 de septiembre es el Día de los Derechos Humanos en Colombia.

Las Academias de Historia, que tienen como misión fundamental, escudriñar el pasado y poner en evidencia sus más preclaros valores, tienen

el deber de colocar en el pedestal de los grandes de la Iglesia Católica y de la Historia Patria, el gran Apóstol Jesuita y señalarlo como piedra angular del hombre nuevo de América.

Precursor de la libertad de los esclavos, el iniciador de las reformas Sociales en América, pionero del movimiento de la justicia social  
Como afirma el historiador Eduardo Lemaitre